

¿QUÉ SIGNIFICA CREER EN DIOS HOY?



Iglesia de La Resurrección - Madrid
IGLESIA EVANGELICA ESPAÑOLA
(FORMACIÓN)

Predicaciones de Juan Sánchez Núñez, profesor de Cristología en
la Facultad de Teología SEUT

Sermones pronunciados el 15 y el 22 de abril de 2018

QUÉ SIGNIFICA CREER EN DIOS HOY (I)

Lecturas: Salmo 19; Juan 1,1-14; Hechos 17,16-34

Introducción.

Buenos días hermanos; es para mí un privilegio, un año más, estudiar con vosotros un tema que me parece de una gran relevancia: **“Qué significa creer en Dios hoy”**.

Como sabéis, dedicaré dos predicaciones a desarrollar este tema, y al final de la segunda, tendremos un tiempo de diálogo sobre las mismas.

Y lo primero que quiero hacer es pedir os disculpas, porque más que predicaciones, lo que voy a hacer son dos estudios, dos estudios que yo intentaré “reconvertir” en predicaciones, lo que exige, por mi parte, un mayor esfuerzo pedagógico, y por la vuestra, una especial atención.

Sí, ya sé que estoy poniendo la venda antes de la herida, es decir, que me estoy “curando en salud”, pero creo que tenéis que reconocer que abordar un tema como el que os he anunciado en dos predicaciones, es un poco, una meta “titánica”.

Sí, hermanos, creo que hablar de Dios hoy, en nuestra sociedad, es algo descomunal, algo que exige un gran esfuerzo de comprensión; porque en nuestra sociedad, la palabra “Dios” ha dejado de tener un significado claro y distinto; de ahí que lo primero que voy a hacer en este estudio es, precisamente esto: aclarar de qué hablamos cuando hablamos de Dios.

Creo que esto nos permitirá entendernos, no solo con los miembros de nuestra sociedad para los cuales la palabra “Dios” no significa nada; sino incluso con otros creyentes, que no se han parado a precisar qué significa creer en Dios hoy.

Nuestra sociedad secularizada ¿rechaza a Dios?

Sí, hoy, vivimos en una sociedad secularizada, es decir, en una sociedad que piensa que Dios no es necesario para explicar, ni organizar, ninguna esfera de la vida personal, familiar, social, política, económica, etc.

Y aunque os pueda sorprender, yo estoy de acuerdo con esto, es más, me alegro de que así sea; pues, en realidad, lo que nuestra sociedad rechaza, no es a Dios; lo que nuestra sociedad rechaza es el control de la vida personal y social por parte de los creyentes en Dios, es decir, por parte de las instituciones religiosas que piensan tener el monopolio de Dios.

Estoy convencido de que en lo que acabo de decir está el nudo gordiano de aquello que ha llevado a que Dios haya sido expulsado de nuestra sociedad. Nuestra sociedad ha identificado a Dios con las personas y las instituciones que dicen representarlo, y al querer liberarse de su dominio, no solo han rechazado a esas personas e instituciones, sino también a Dios.

Así que lo primero que debemos hacer aquellos que creemos en Dios, –pienso yo–, es reconocer, en primer lugar, que tenemos una gran parte de responsabilidad en que nuestra sociedad rechace a Dios; y en segundo lugar, que no podemos reducir a Dios a nuestra idea de

Dios, no podemos reducir a Dios a nuestra forma de entenderlo, de vivirlo y de presentarlo a los demás: Dios supera infinitamente, todas nuestras representaciones de Dios.

Hermanos, de Dios, sólo se puede hablar con temor y temblor; sólo se puede hablar con la conciencia de que nuestras palabras son tremendamente imperfectas para hablar de la infinita perfección de Dios; de que Dios supera infinitamente nuestras palabras acerca de Él.

Y esto debe llevarnos a la humildad de reconocer que cuando hablamos de Dios, hablamos de algo que nos supera y nos desborda “por los cuatro costados”, de algo, más bien de Alguien, que es infinitamente bueno, verdadero, justo... y del cual, sólo muy “pobremente” podemos hablar.

¿De qué hablamos, cuando hablamos de Dios?

Pues bien, vamos directamente al grano: ¿De qué hablamos, cuando hablamos de Dios?

Cuando hablamos de Dios, hablamos del poder que **domina** la existencia, del poder que domina la vida, y al hacerlo, nos **ofrece** la salvación, y por lo tanto, nos **exige** una entrega total.

Tres palabras claves, para saber de qué hablamos, cuando hablamos de Dios: **el poder** que **domina** la vida; que **ofrece** la vida; que **exige** la vida.

Hablar de Dios, es hablar del poder que domina la vida, o quizá, para que lo entiendan mejor en nuestra sociedad, de los poderes que dominan la vida, poderes que nos ofrecen la salvación y que, por lo tanto, nos exigen una entrega total, pues en caso de rechazar su oferta, nuestra vida se verá condenada a la perdición.

Hablar de Dios, es hablar de los poderes que se disputan nuestra salvación. Y esto es algo tremendamente importante que lo sepamos nosotros, y que lo sepa nuestra sociedad.

Jesús, en el evangelio, cuando habla de Dios, lo hace enfrentándolo a uno de esos poderes, que tiene pretensiones absolutas de dominar la vida y de salvarla: Mammón, el Dinero.

También hoy, en nuestra sociedad, el poder que pretende dominar la vida es el Capital, con mayúsculas, es el Dinero. Y el primer interesado en que no hablemos de Dios, es precisamente, el Capital, que no quiere que la sociedad se pare a pensar en cuáles son los poderes que dominan la vida, cuáles son los poderes que hacen posible la vida, es decir, la salvación y la perdición de la vida de nuestra sociedad.

Hablar de Dios es hablar del poder que domina la vida, que crea la vida, que renueva la vida, que hace posible la vida. Por lo tanto, hermanos, es importantísimo hablar de Dios, también hoy, en nuestra sociedad.

Habiendo dicho esto, creo que he dicho lo esencial de mi estudio. Ahora paso a justificarlo y fundamentarlo; pero antes de hacerlo, os rogaría que no perdiésemos de vista esto: Hablar de Dios, es hablar de los poderes que se disputan nuestra salvación: en nosotros mismos, en nuestras relaciones familiares, en nuestras relaciones eclesiales, sociales, políticas, económicas, etc.

Pablo en el Areópago: concepto esencial de Dios

El texto bíblico que tengo como referencia de estos estudios es el de Hechos 17. Allí encontramos a Pablo en Atenas, la ciudad, que podríamos calificar como “capital intelectual” del imperio romano.

Nos dice Hechos 17 que Pablo, no solo habla de su fe en Dios con los judíos en las sinagogas, sino que lo hace también con los filósofos epicúreos y estoicos de la ciudad.

Está claro que con los judíos comparte un montón de ideas y experiencias previas sobre Dios, a partir de las cuales, puede establecer ese diálogo. Pero, ¿qué pasa con los paganos, con esos filósofos epicúreos y estoicos?, ¿les puede hablar de Moisés y de la Ley?, ¿les puede hablar del Éxodo y de la Alianza?, ¿les puede hablar del mensaje de los profetas? Está claro que no.

Esas ideas y experiencias previas de Dios, que Pablo comparte con los judíos, no las comparte con los atenienses. Así que tiene que ir a algo más básico, más fundamental, que sí comparte con ellos.

Pablo se ve obligado a presentar lo más esencial de la idea de Dios, algo que normalmente no tiene necesidad de explicitar, porque es algo compartido con sus interlocutores, pero en esta ocasión, tenemos la ventaja de que Pablo haya necesitado hacerlo.

¿Y de qué habla Pablo?

Pues del poder que domina la existencia, del poder que crea y recrea la vida. Ese es el concepto de Dios más esencial y básico, un concepto que es necesario no perder de vista siempre que utilizamos la palabra “Dios”.

“Pablo, de pie, en medio del Areópago, dijo: “Atenienses, he observado que sois extremadamente religiosos. En efecto, al recorrer vuestra ciudad y contemplar vuestros monumentos sagrados, he encontrado un altar en el que está escrito: “Al dios desconocido”. Pues bien, eso que veneráis sin conocerlo, es lo que yo os anuncio. El Dios que hizo el mundo y todo lo que hay en él, y que es Señor de cielo y tierra, no habita en templos contruidos por mano de hombre; ni tiene necesidad de que los hombres le sirvan, pues él da a todos la vida, el aliento y todas las cosas”.

El discurso de Pablo tiene tres partes; en esta primera Pablo habla del poder creador de Dios, de que Dios es el poder que da la vida a todo lo que existe. En la segunda parte habla de cómo ese poder se relaciona con los seres humanos; y en la tercera, de cómo ese poder se ha hecho presente en la historia de Jesús de Nazaret y ha revelado la verdad de la vida, es decir, el criterio que juzga la vida: el poder, alrededor de cual, la vida se salva o se condena.

Hoy vamos a reflexionar, brevemente, sobre las dos primeras partes del discurso de Pablo, y en mi siguiente estudio, sobre la tercera parte, sobre la manifestación en la historia del poder creador y salvador de Dios. Así que volvamos a esta primera parte del discurso de Pablo.

¿Qué idea de Dios comparte Pablo con los atenienses, y hace posible su dialogo?

Una idea que relaciona a Dios con todo lo existente, con la realidad de la vida, con la realidad del cielo y de la tierra, que es el modo en que los antiguos hablaban del universo.

La trascendencia y la inmanencia de Dios

Así que, hermanos, hablar de Dios es hablar de la trascendencia de Dios, de un poder que nos supera infinitamente, de un poder que crea la vida, que la sostiene y que la lleva a su plenitud.

Pero, lo que el ser humano ha experimentado en su historia, es que ese poder trascendente, no es una realidad totalmente alejada y separada de su vida, sino todo lo contrario, es la realidad más íntima de su propia vida. De ahí que para hablar de Dios, con justeza, sea necesario hablar de su trascendencia y de su inmanencia, de su “presencia” en todo y de su “ausencia” en todo, es decir, de su no limitación por nada.

Por eso el lenguaje sobre Dios es un lenguaje dialéctico y un lenguaje simbólico, un lenguaje que reconoce su imperfección, que reconoce que no puede dar cuenta, al mismo tiempo, de la trascendencia y de la inmanencia de Dios. De ahí que tengamos que decir, por ejemplo, que creemos en un Dios que “*no existe*”, o que creemos en un Dios que “*no es*”.

Al hablar así, hablamos de la trascendencia de Dios, es decir, decimos que creemos en un Dios que ***no existe*** o que ***no es***, porque es trascendente, porque está más allá de la esencia y de la existencia finita que conocemos: Dios ***no existe*** de manera finita, como existe todo lo que conocemos; Dios ***no es*** de manera finita, como son todas las cosas que conocemos.

Dios ***no existe***, ***él es*** la Fuente de todo lo que existe; Dios ***no es***, ***él es*** la Fuente de todo lo que es. De ahí que su esencia y su existencia, también trasciendan, los modos finitos de ser y de existir que conocemos.

Si decimos esto en lenguaje bíblico, diríamos, con Pablo, que Dios “es el poder que llama a la existencia lo que no existe, y da el ser a todo lo que es” (Rom 4).

San Agustín hablaba de la trascendencia y la inmanencia de Dios de un modo maravilloso, decía que Dios es “interior íntimo meo et superior summo meo”, más íntimo a mí, que mi propia intimidad, y más elevado que lo más excelso.

Perdonarme este lenguaje filosófico; este pequeño esfuerzo de reflexión que exige lo que acabo de decir; y para que no perdamos “el hilo” de mi estudio, vuelvo a él.

Dios, Fuente Infinita de Vida: en él vivimos y existimos y somos

Así que retomo lo que venía diciendo: hablar de Dios es hablar del poder que hace posible la vida; pero no solo del universo, sino también del ser humano, de ahí que Pablo, en su discurso a los atenienses, inmediatamente después de hablar del poder creador de Dios, hable de que ese poder no es algo lejano y desconocido, ¡qué va!, ese poder está muy cerca de nosotros, hasta el punto de que todos los seres humanos, al estar unidos a Dios, forman una sola familia, la familia de Dios. Dice Pablo:

“Dios, en realidad, no está lejos de cada uno de nosotros, ya que en él vivimos, y nos movemos y somos. Así lo han dicho algunos de vuestros poetas: “Somos de su linaje”.

Efectivamente, Dios creó de un solo hombre, todo el linaje humano, para que habitara en toda la tierra, fijando a cada pueblo las épocas y los límites de su territorio, con el fin de que buscaran a Dios, por sí, escudriñando a tientas, lo podían encontrar”.

Hablar de Dios es hablar del poder que hace posible que vivamos, que existamos, que nos movamos, que seamos. Es hablar del poder de la vida, del poder que hace que la vida sea, que hace que la vida se salve o se pierda.

Hablar de Dios es hablar del ser o no ser de la vida, de tal modo que hablamos de Dios cuando hablamos de aquello en lo que nos jugamos nuestro ser o no ser.

De ahí que sea tan importante hablar de Dios, porque va en ello nuestro ser o no ser, como seres humanos y como sociedad.

Y lo más radical a la hora de hablar del poder de la vida, es hablar del poder que está en el origen de la vida; pero no en el origen relativo de la vida, sino en su origen Absoluto.

La pregunta a la que Dios da respuesta es la pregunta metafísica por excelencia: ¿Por qué existe el ser y no la nada?

Hablar de Dios es hablar del ser, del origen absoluto del ser, es decir, **“del poder del ser que vence el no-ser”**: del poder de la vida, del poder que llama a la existencia lo que no existe, y da el ser a todas las cosas.

Daos cuenta de aquello de lo que hablamos, cuando hablamos de Dios, y que, por desgracia, tan fácilmente perdemos de vista: “del poder del ser que vence el no-ser”.

La cuestión de Dios responde a esta pregunta: ¿qué hay en el corazón del ser?, ¿la nada?; ¿o más bien en el corazón del ser está la Fuente Infinita del ser, que da el ser a todas las cosas?

Hablar de Dios es hablar del valor y el significado de la vida. Creer en Dios es creer que en el corazón de la vida hay un poder de vida del que todos participamos, ya que es el poder que nos hace ser, y movernos y vivir.

No creer en Dios es, en realidad, otra creencia: creer que en el corazón del ser, está la nada; es creer que la vida no trasciende lo que aquí vivimos; que en el fondo, como diría un personaje de Shakespeare: “la vida es un cuento, contado por un idiota, con mucho ruido y pasión, pero que nada significa”.

Por el contrario, creer en Dios, es creer que vivimos, nos movemos y existimos, en Dios; es decir, en la Fuente infinita de ser, que llamamos Dios; en la Fuente infinita de Vida, que llamamos Dios; en la Fuente infinita de Verdad, que llamamos Dios; en la Fuente infinita de Amor, que, desde Jesús, llamamos Dios.

Y esto es algo que afecta a todos los seres humanos, crean o no en Dios. Cuando hablamos de Dios hablamos de la realidad que todo lo determina, del poder de vida que todo lo sostiene, del poder de la verdad que juzga y salva la vida, en una palabra: “del poder del ser, que vence el no-ser”.

Hermanos, tengo que ir terminando, pero dejadme hacerlo hablando, brevemente, **de la experiencia de Dios hoy**; creo que de este modo entenderemos mejor **qué significa creer en Dios hoy**.

La experiencia de Dios hoy

Creo que, desde lo expuesto en este estudio, se puede afirmar que todos los seres humanos tienen experiencia de Dios, aunque no la llamen así; es decir, tienen experiencia de participar de un poder de Vida que es mucho más grande que ellos; tienen experiencia de participar de un poder de Verdad, que es infinito; de un poder de Belleza, que es infinito; de un poder de Amor, que es infinito.

A ese poder de Vida, con mayúscula, los creyentes de todas las religiones, lo llaman Dios. A esa Fuente infinita de Vida, de la que todos participamos; a esa Fuente Infinita de Verdad y de Justicia, de la que todos participamos; a esa Fuente infinita de Amor, de la que todos participamos, los creyentes, la llamamos Dios.

Y tener experiencia de Dios, es tener **experiencia de unidad y participación** en la Fuente Infinita de la Vida, que da el ser a todas las cosas, y que las llama a la existencia.

Ahora bien, del Infinito no podemos tener experiencia como la tenemos de los objetos finitos; por lo tanto, Dios no es “un objeto” del que podamos tener experiencia.

¿Qué queremos decir, entonces, los creyentes, cuando hablamos de **experiencia de Dios**?

Cuando hablamos de experiencia de Dios, no hablamos de experiencias que tengan a Dios por “objeto”, sino de experiencias que tienen a Dios por “sujeto” de las mismas. Me explico.

Creo que es lo que Pablo nos muestra cuando, al decir que nosotros “conocemos a Dios”, se corrige inmediatamente y dice: “bueno, más bien, siendo conocidos por Dios”.

No es que nosotros conozcamos a Dios, es que Dios nos conoce a nosotros. Es decir, Dios, no es objeto de nuestro conocimiento, sino sujeto de ese conocimiento; pues Dios es la Fuente infinita de Verdad de la que participa todo conocimiento humano verdadero.

Nuestro conocimiento de Dios, tiene a Dios por sujeto, y no por objeto; y de igual modo, cuando hablamos de experiencia de Dios, hablamos de una experiencia humana en la que Dios no es “objeto” de la misma, ya que no puede serlo, sino “sujeto” de la misma. **Una experiencia de Dios es una experiencia que mana de la Fuente de Vida, que es Dios.**

De ahí que podamos decir que cuanto más unidos estemos a la Fuente de la Verdad, con mayúsculas, que es Dios; más verdadero será nuestro conocimiento; y así, en todas las realidades de nuestra vida, en las que podamos expresar nuestra relación con Dios.

Nuestra vida será más vida, cuanto más unida esté a la Fuente infinita de Vida que es Dios.

Nuestra vida será más verdadera, cuanto más unida esté a la Fuente infinita de Verdad, que es Dios.

Nuestra vida será más justa, cuanto más unida esté a la Fuente infinita de Justicia, que es Dios.

Nuestra vida será más plena, cuanto más unida esté a la Fuente infinita de Amor, que es Dios.

Esa Fuente infinita de Vida que es más *íntima a mí* que mi propia intimidad, y más *superior a mí* que lo más excelso.

En una palabra, nuestra vida, y la vida de nuestra sociedad, se salva o se pierde, en función de su unión, o de su alejamiento, de la Fuente infinita de Vida, que es Dios. Un Dios que, como veremos en el próximo estudio, no ha permanecido oculto en su Infinitud y en su trascendencia, sino que está presente como salvación a lo largo de toda la historia de la vida; un Dios que está presente como poder de vida que vence los poderes de muerte, como poder del ser, que vence el no-ser.

Hermanos, vivamos unidos a la Fuente de Vida que es Dios; vivamos unidos a la Fuente de Amor que es Dios..., y nuestra vida..., y la vida de nuestra sociedad, se salvarán. **Que así sea.**

QUÉ SIGNIFICA CREER EN DIOS HOY (II)

Lecturas: Salmo 33; Colosenses 1,15-20; Hechos 17,16-34

Introducción.

Buenos días hermanos; es para mí un privilegio poder seguir reflexionando con vosotros en torno a lo que significa, hoy, creer en Dios.

Tal y como os dije en mi primer estudio, creo que es de vital importancia que la iglesia reflexione sobre lo que significa creer en Dios hoy; pues tiene consecuencias decisivas tanto para la misma iglesia, como para nuestra sociedad.

Si recordáis, en el primer estudio presenté las dos dimensiones básicas y fundamentales de la fe en Dios: La experiencia de Dios como creador del universo, y la experiencia de Dios como creador de una “sola” humanidad.

Veíamos entonces que en el discurso de Pablo en Atenas se presenta a Dios, en primer lugar, como creador de todo cuanto existe, como “Poder del ser que vence el no-ser”; y en segundo lugar, como el Poder creador de una sola humanidad.

Al hablar así, Pablo nos dice que Dios es Fuente infinita de Vida y Fuente infinita de Amor; y por lo tanto, creer en Dios significa, esencialmente, tener experiencia de unidad con la Fuente infinita de Vida que es Dios, en cuanto Padre; y al mismo tiempo, tener experiencia de unidad con la Fuente infinita de Amor que es Dios, en cuanto Padre de una “sola” humanidad.

Desde estas bases, podríamos decir que creer en Dios, tanto hoy como siempre, significa, esencialmente: Experiencia infinita de **Paternidad** de Dios y de **Fraternidad** humana.

Experiencia infinita de Paternidad, en cuanto no nos hemos dado el ser a nosotros mismos, en cuanto existimos gracias a una infinita “cadena” de acontecimientos que son maravillosos y extraordinarios, y que tienen su origen absoluto en la Fuente infinita de Vida, que es Dios.

Experiencia infinita de Fraternidad, en cuanto existimos en comunión y unidad con todo lo existente, y gracias a infinitas “cadenas” de amor que nos unen, de manera especial, a todos los seres humanos; seres humanos que existimos gracias a la Fuente infinita de Amor, que es Dios.

En realidad, estas dos experiencias son, en su raíz, una sola; y lo cierto es que están inseparablemente unidas: tener experiencia de Paternidad de Dios implica tener experiencia de Fraternidad humana, y viceversa.

Pues bien, creo que como resumen del estudio anterior, y concretando todo lo que allí podía resultar un tanto abstracto, podríamos concluir diciendo que creer en Dios, significa, esencialmente, tener experiencia infinita de Paternidad y Fraternidad; y por lo tanto, como os decía entonces, es alrededor de esto, que la vida humana se juega su ser o no ser; es decir, esto constituye el criterio determinante con el cual juzgar la vida humana, el criterio con el cual juzgar si la vida humana tiene futuro o no lo tiene.

Estoy convencido que “lo de Dios” pasa, hoy, como siempre, alrededor de la experiencia infinita de Paternidad de Dios y Fraternidad humana.

Creo que **lo decisivo, a la hora de evaluar la vida de cualquier ser humano**, es el modo en que participa de esta experiencia infinita de Paternidad y Fraternidad.

No sé si os dais cuenta de las consecuencias que tiene lo que acabo de decir. Lo decisivo de una persona, no son sus creencias, sus ideas, sus posesiones, sus capacidades, etc., lo realmente importante, lo que califica esencialmente a una persona, no es que sea católico o protestante, judío o musulmán, budista o hinduista, ateo o agnóstico... No.

Lo decisivo de una persona es su experiencia de Paternidad y Fraternidad.

Nosotros, a esta experiencia la llamamos “fe en Dios”; pero eso que nosotros, formalmente denominamos así, materialmente se expresa en una vida de comunión y unidad con todo lo existente, y de un modo especial, con todos los seres humanos.

No creer en Dios, hoy, como siempre, consiste, fundamentalmente, en considerarse “el ombligo del mundo”; en no reconocer que no te has dado la vida a ti mismo, y por lo tanto, en no vivir con gratitud, con asombro por el don recibido; y como consecuencia de esto, en no vivir como hermano de todos los seres humanos, es decir, en convertir tus necesidades y tus deseos, en el centro de todos tus intereses y preocupaciones...

Pues bien, habiendo subrayado de este modo lo esencial del estudio anterior, os invito a considerar hoy la última parte del discurso de Pablo en Atenas, donde nos dice que el Dios creador del universo y de una sola humanidad, se ha manifestado en la historia en la persona de Jesús de Nazaret, constituyéndolo en “Juez de la vida y de la historia”.

Y esto, a mí, me parece que tiene una relevancia inmensa y extraordinaria, no solo para la iglesia, sino también para nuestra sociedad; sobre la cual os invito a reflexionar, brevemente ahora.

Nuestra sociedad actual: caminando en un laberinto.

Hace unas semanas, Teresa y yo estuvimos en el teatro viendo una obra sobre la vida de la filósofa española María Zambrano. En ella escuché una frase impactante: “los caminos que no conducen a ninguna parte, se convierten en laberintos”.

Esta frase, desde mi punto de vista, es un fiel reflejo de nuestra sociedad posmoderna. La sociedad posmoderna camina en un laberinto, sin saber ni a dónde va, ni para qué camina hacia ningún lugar. Y camina así, porque no tiene ningún criterio con el que juzgar ni la vida, ni la historia, ni su final.

Nuestra sociedad no mira la vida y la historia humana en su globalidad, y no le importa lo más mínimo andar alocadamente hacia ningún lugar. Nuestra sociedad está dominada, esclavizada, por los intereses inmediatos del Gran Capital, al cual solo le interesa acumular poder y riqueza, aunque ello genere desigualdad, miseria, injusticia, la ruina ecológica del planeta, etc. Nuestra sociedad, como la de Jesús, vive bajo la idolatría del dios Mammón.

Frente a una sociedad que no tiene más criterio de evaluación y juicio de la vida que el máximo beneficio de unos pocos, se alza la experiencia del Dios de Jesús de Nazaret, que es Fuente infinita de Paternidad y Fraternidad, y que desde esa experiencia Fontal, juzga y salva la vida humana y la historia.

Si recordáis, el discurso de Pablo en Atenas tiene tres partes; y si en las dos primeras se dirige nuestra mirada hacia la creación y la humanidad; en la tercera y última es dirigida hacia el final de la vida y de la historia humana: hacia la muerte. Y en esta tercera parte se concreta de un modo extraordinario la experiencia de Dios: Desde Jesús de Nazaret sabemos que Dios es Fuente infinita de Vida que vence la muerte.

La experiencia de Dios: Fuente infinita de Vida que vence la muerte

Crear en Dios hoy, no sólo significa creer en la Fuente infinita de Vida y Amor que está en el origen de la vida y de la humanidad, sino también creer que la muerte no tiene la última palabra de la vida y de la historia.

Hemos de reconocer que si hay algo que pone en cuestión nuestra fe en Dios, eso es la muerte; que si hay algo que pone en cuestión nuestra experiencia Fontal de Dios como Paternidad y Fraternidad, eso es la muerte, y sobre todo, la muerte del inocente.

Pues bien, creer en Dios, hoy, significa creer que la muerte **no es** la última palabra de la vida y de la historia; que la última palabra de la vida y de la historia, **es** Dios.

Nuestra sociedad vive en su laberinto de muerte, porque cree que no hay más vida que ésta, porque cree que lo que vivimos aquí, es todo; y actúa en consecuencia.

Sin embargo, creer en Dios hoy, significa, creer que hay un poder de Vida que juzga y salva la historia; un poder de Vida que es el “Anti-mal”, que es el “Enemigo absoluto del mal”.

Creer en Dios hoy significa creer en el sentido de la vida y de la historia; es decir, creer que en la historia, el verdugo no triunfa sobre su víctima, la injusticia no triunfa sobre la justicia, la muerte no triunfa sobre la vida; porque existe Dios, existe un poder infinito de Vida y Amor, que no solo crea y salva la vida, sino que **la recrea** “por encima” y “más allá” de la muerte.

Creo que no conozco mejor definición de **resurrección**: el poder de Dios de **recrear** la vida “por encima” y “más allá” de la muerte.

Pues bien, cuando Pablo dirige la mirada de los atenienses hacia el final de la vida, rompe la comunicación con ellos, porque en torno a esto, no existen tantos puntos de entendimiento.

Sí, los atenienses creen en la inmortalidad del alma, y Pablo les ha hablado de la resurrección; y de alguna manera, aquí ya no se entienden, pues, aunque todos tienen esperanza, y consideran que la muerte no es la última palabra de la vida, hablar de la resurrección que Dios es, es hablar de algo más que la inmortalidad del alma; es más, básicamente, es poner el acento en algo diferente.

Si hablar de inmortalidad del alma es poner el acento en algo que el hombre es; hablar de resurrección es poner el acento en algo que Dios es: Dios es el poder de vida que vence la muerte, Dios es el poder que recrea la vida venciendo la muerte, el poder que recrea la vida en la historia y al final de la historia; Dios es origen, fundamento y fin de la vida y de la historia.

¿Qué significa creer en Dios, hoy?

Significa, tener experiencia del **Poder del ser que vence el no-ser**, al principio de la historia, durante la historia y al final de la historia.

Creo que resumir así la fe en Dios, es de gran importancia, porque nos ayuda a entender la unidad esencial de creación, salvación y consumación de la vida; unidad esencial que es Dios; es decir, hablar de creación, de salvación y de consumación de la vida, es hablar del mismo poder de Dios, que llama a la existencia lo que no es y que resucita a los muertos, como dice Pablo en Romanos 4.

Por lo tanto, creer en Dios, hoy, como siempre, significa vivir unido a la Fuente infinita de Vida y Amor que es Dios, vivir unido a la Fuente infinita de Paternidad y Fraternidad que “Vence la muerte”.

¿Cómo vivir unido a la Fuente infinita de Vida y Amor que es Dios?

Pero ¿qué sabemos, los seres humanos, de esa Fuente infinita de Vida que es Dios? Y más importante aún: ¿cómo vivir unidos a esa Fuente infinita de Vida?, ¿cómo participar del Poder del ser que vence la muerte?

Pablo lo tiene muy claro: ha habido un hombre en la historia, que ha vivido total y plenamente unido a la Fuente infinita de Vida que es Dios: Jesús de Nazaret.

Por desgracia, no pudo explicárselo a los atenienses, que se despidieron diciéndole que sobre esto le escucharían otro día; aunque no todos, pues hubo algunos que sí le creyeron.

Y a ellos, sí les pudo explicar Pablo que Jesús nos reveló a Dios como Fuente infinita de Paternidad y Fraternidad de una manera plena y total.

La vida de Jesús fue una experiencia infinita de Paternidad y Fraternidad; fue una vida para Dios y para los demás, y así nos mostró en qué consiste vivir unidos y participando de la Fuente infinita de Vida y Amor, que es Dios.

Si traducimos a categorías actuales esta experiencia de Paternidad y Fraternidad de Jesús, podríamos decir que: Jesús nos reveló a Dios como Fuente infinita de gratuidad y de exigencia; de gratuidad en cuanto “hijo” del Padre, y de exigencia en cuanto “hermano” de todos los seres humanos.

Jesús de Nazaret: Uno con Dios y con todos los seres humanos

Pues bien, la cristología actual, que es el estudio de la fe cristiana en Jesús de Nazaret, resume en dos conceptos esenciales la vida, muerte y resurrección de Jesús; dos conceptos que dan cuenta de la totalidad de su existencia; a saber: “El Dios del Reino”, y “El Reino de Dios”.

Hay unos teólogos que subrayan más “El Dios del Reino”, mientras que otros se centran más en “El Reino de Dios”.

Creo que uno de los teólogos que más ha subrayado “El Dios del Reino”, es el teólogo luterano alemán, Joachim Jeremías, y a ello ha dedicado un libro, titulado: “Abba, el mensaje central del Nuevo Testamento”.

La experiencia de Dios de Jesús, resumida y concentrada en ese modo tan íntimo de llamarlo Abba –Padre–, constituye el mensaje central de todo el NT. Es más, nos dice Joachim Jeremías que utilizar esta palabra del lenguaje familiar, para referirse a Dios, es algo propio y original de Jesús, pues en tiempos de Jesús, la paternidad de Dios hacía referencia, básicamente, a la relación de Dios con su pueblo Israel: Dios, es Padre de Israel, no de un individuo concreto.

Pues bien, creo que la experiencia de Dios como Fuente infinita de Paternidad, hoy en día, podríamos resumirla como experiencia infinita de gratuidad, experiencia infinita de gracia; tan bien reflejada en las parábolas de Jesús; sobre todo la del “El hijo pródigo” y la de “los obreros contratados a la última hora”.

Por otro lado, hay otros teólogos que centran en la predicación de Jesús sobre “El Reino de Dios”, lo esencial de su vida: Jesús vivió por y para el Reino de Dios, y por él, incluso, estuvo dispuesto a dar su vida. Jesús fue el-hombre-para-los-demás; Jesús ha sido hermano de todos los seres humanos, de una manera infinita, podríamos decir; Jesús, con su vida, nos ha revelado que Dios es Fuente infinita de Fraternidad.

Lo específico del cristianismo: la muerte de Jesús también revela a Dios

Pero no solo con su vida, también con su muerte, Jesús nos ha revelado que Dios es Fuente infinita de Paternidad y Fraternidad. Y esto ha sido algo totalmente novedoso y extraordinario

en la historia, algo que supera infinitamente el modo en que el ser humano concibe a Dios, el modo en que el ser humano concibe al “Poder del ser que vence el no-ser”, el “Poder de la Vida que vence la muerte”.

Porque el ser humano concibe a Dios como el poder que se impone y que triunfa, y que en la historia camina de triunfo en triunfo, hasta la victoria final. Sin embargo, el Dios que se nos ha revelado en Jesús está en las antípodas de esta idea.

Pues Jesús no ha considerado ni su victoria, ni su vida, como lo último, lo definitivo, lo absoluto. Para Jesús, lo último, lo definitivo, lo absoluto es Dios; es “El Dios del Reino” y “El Reino de Dios”; es **Dios** en cuanto **Fuente infinita de Paternidad, Fraternidad y Creación de un mundo nuevo...**, que es como Jesús experimenta a Dios, y como lo anuncia.

Y es esta experiencia, la que le ha llevado a no tener más fuerza para vencer la muerte, que la fuerza del amor perdonador, que la fuerza del amor no-violento, que sólo triunfa sobre la muerte desde la entrega total de la vida a Dios y a los demás; con la confianza de que ese poder creador y resucitador que él experimenta en su vida, sea el que tenga la última palabra sobre la vida de los seres humanos y sobre la historia.

Y así nos ha revelado que Dios, en la historia, es el Anti-mal, es el Enemigo absoluto del mal. Y lo es, porque es la “Víctima perdonadora”, es el “Dios-crucificado”, es el Dios despreciado y expulsado de la vida humana, por el dios de este mundo, que es quien realmente domina la vida en este mundo, y nos tiene esclavizados.

La causa de Dios en la historia es invencible; el Reino de Dios es el futuro de la historia; pero, desde Jesús, podemos decir que Dios va “de derrota” en “derrota” de sus hijos, hasta la victoria final; Dios va de muerte en muerte de sus hijos, hasta la victoria final; Jesús, y sus discípulos, somos soldados derrotados de una causa invencible, que diría nuestro hermano Pedro Casaldáliga.

Y todo ello, porque Dios es el que llama a la existencia lo que no existe, y resucita a los muertos, tal y como nos ha sido revelado en la resurrección de Jesús de Nazaret, el Cristo de Dios.

Creo que no me equivoco si digo que aquí estamos ante lo esencial de la experiencia cristiana de Dios: parafraseando Mateo 16,25: “aquel que quiera salvar su vida, la perderá; y aquel que pierda su vida por la Fuente infinita de Paternidad y Fraternidad que es Dios, ese la salvará”.

Conclusión: ¿Qué significa creer en Dios, hoy?

Hermanos, creo que debo concluir nuestro estudio, y por eso vuelvo a hacer la pregunta que ha presidido el mismo: ¿Qué significa creer en Dios, hoy?

Y tal y como hemos venido estudiando, respondo: Creer en Dios, hoy, significa tener experiencia infinita de Paternidad, Fraternidad y Vida nueva; porque Dios es el poder que crea y recrea la vida, y se hace presente en la historia, tal y como la vida, la muerte y la resurrección de Jesús nos han revelado.

Crear en Dios hoy significa tener experiencia infinita de gratuidad y de exigencia, una gratuidad y una exigencia que son “interior íntimo meo et superior summo meo”, más íntimo a mí, que mi propia intimidad, y más elevado que lo más excelso, con palabras de san Agustín.

La gratuidad la expresa muy bien “el Abba de Jesús”, el Dios del Reino; y la exigencia la resume muy bien la causa invencible de Dios, que Jesús anunciaba como el Reino de Dios, y por el cual dio la vida. Creo que estas dos realidades, resumen lo esencial de toda experiencia de Dios.

Pues bien, hoy, la teología, hace referencia a ellas hablando de mística y de ética.

Todo lo que tiene que ver con la gratuidad de Dios, con la experiencia infinita de Dios como Padre, se resume en la experiencia mística de Dios; y todo lo que tiene que ver con la experiencia infinita de Dios como Fraternidad, se resume en la experiencia ética que se deriva de la misma.

No creo que puedan separarse; es más, creo que separarlas tiene graves consecuencia para la experiencia de Dios.

Porque si vivimos a Dios solo como exigencia, entregaremos nuestra vida por la causa de Dios, y seremos militantes de un mundo nuevo, hijos obedientes del Padre..., que sin la experiencia de la gratuidad, de la fiesta, de la libertad, que diría Moltmann, terminan secándose, endureciéndose, y pensando que la causa es suya, y no de Dios.

Y si vivimos a Dios solo como gratuidad, corremos el riesgo de “la vida muelle”, de olvidarnos de nuestros hermanos, de olvidarnos de la seriedad de la vida, de la dureza de la muerte, que amenaza constantemente la vida, e intenta dominarla: la nuestra y la de nuestros hermanos.

Es muy difícil, yo diría casi imposible, vivir para la liberación de los demás, sin experiencia de libertad, de haber sido liberado. Quien ha sido salvado por el poder gratuito de la Paternidad de Dios, puede vivir con alegría la exigencia de la liberación de sus hermanos, la exigencia infinita de la Fraternidad, que también es Dios.

Hermanos, vivamos, como Jesús, impulsados por el Espíritu de Dios, dinamizados por su poder de Vida, experimentando en nuestras vidas que Dios es Fuente infinita de Paternidad y Fraternidad: fuente infinita de Vida nueva; y entonces, estoy seguro, nuestro mundo verá claramente **“Qué significa creer en Dios, hoy”**. **Que Él nos bendiga.**